


*Después de entonces. La pervivencia del exilio*

*From that moment onwards. The survival of exile*

 JOSÉ LUIS MORA GARCÍA  
Universidad Autónoma de Madrid  
jose.mora@uam.es

**Resumen:** A partir de algunas ideas de María Zambrano y otros exiliados se ofrece una reflexión a modo de mirada plural sobre la experiencia del exilio que no solo afecta a quienes la sufren sino a la sociedad de la que son expulsados. En segundo lugar, se analizan las dificultades en la restauración del espacio y tiempo históricos dando cuenta de los silencios y de los esfuerzos realizados en ese complejo proceso. Finalmente, queda planteada la ambivalente experiencia humana que simboliza la expresión “el hambre y la esperanza”.

**Palabras clave:** exilio, sueños, esperanza, historia, literatura.

**Abstract:** Based on some ideas of María Zambrano and other exiles, this article provides a plural view on the experience of exile that not only affects those who suffer it but the society from which they are expelled. Secondly, the difficulties in restoring historical space and time are analyzed, presenting the silences and efforts made in this complex process. Finally, it is shown the ambivalent human experience that symbolizes the expression “el hambre y la esperanza”.

**Keywords:** exile, dreams, hope, history, literature.

---

Recibido: 5 de agosto de 2020; aceptado: 25 de mayo de 2021; publicado: 30 de septiembre de 2021.

Revista Historia Autónoma, 19 (2021), pp. 21-37

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2021.19.001>



Tomo prestada la expresión “después de entonces” de María Zambrano, que la utilizó, al parecer, como título de una novela que no hemos conseguido encontrar. Daba cuenta de ella en una carta escrita a quien fuera amigo de la familia en Segovia, Mariano Quintanilla, uno de los fundadores de la Universidad Popular de la ciudad castellana que acaba de cumplir cien años en noviembre de 2019<sup>1</sup>. Fue Mariano Quintanilla profesor del instituto, situado justo al lado del acueducto, donde traza un ángulo cuya inclinación ha sido envidia de ingenieros y arquitectos de todos los tiempos, antes de que el monumento alcance su parte más alta. Ese fue el instituto en que estudió Zambrano, hoy lleva el nombre de este ilustre profesor que fue editor de la muy importante obra del cronista Colmenares y terminó su vida profesional como catedrático del Instituto Cardenal Cisneros en Madrid. No se libró de los rigores del franquismo, siendo apresado al llegar a Segovia en abril de 1939, según decía la nota firmada por el gobernador civil, porque su visita era molesta. Esa molestia provocó que permaneciera varios meses en prisión. A este encierro siguieron diez años de inhabilitación y un reingreso con importantes restricciones<sup>2</sup>.

## 1. Sueños y presagios

Con fecha 13 de junio de 1964 escribía María Zambrano a este antiguo profesor lo siguiente:

Algunas cosas son francamente alucinantes [...] Me refiero a otras, p. e.: la primera cosa que agarro es una tarjeta de felicitación dirigida a mí por el pintor Prieto [contemporáneo de María Zambrano, exiliado como ella en México y fallecido a mediados de los cincuenta] y leo lo primero: que el año 1936 sea para ti el inicio de un camino maravilloso. Pero aún más el original de la única novela —corta— que yo he escrito; lo sabía, pero al creerla perdida la había relegado al desván de la memoria. Se titula “Después de entonces”, está escrita al final del 33 y es la visita a la casa de la calle de la Potenda [actualmente calle del Grabador Espinosa] muchos años después. Son veinte y cuatro horas y la luz es el hilo que señala y marca todo: a la casa voy tres veces, a mediodía, por la tarde acompañada, y sola de nuevo por la noche con las luces eléctricas encendidas. El regreso es al alba. Y bien, amigo Quintanilla, está en varios

<sup>1</sup> Dueñas, Carlos de, *Culto a la Cultura. Historia de la Universidad Popular Segoviana*, t. II, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2019.

<sup>2</sup> Martín Herrero, José Luis, “Mariano Quintanilla Romero”, en Moreno Yuste, Juan Manuel (coord.), *Segovia 1900-1936, Diccionario biográfico*, t. III, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2019, pp. 432-437.

pasages (*sic*) [del final de palabra ilegible] claramente mi destino de desterrada, con palabras inequívocas, ciertísimas.<sup>3</sup>

Sobre esa casa, por cierto le había comunicado, el propio Quintanilla en carta anterior (6 del mismo mes de junio), que había sido derribada: “Te doy una mala noticia, pues no solo se siente la muerte de las personas, sino también de las cosas. Han derribado la casa de la calle Grabador Espinosa en que vivisteis últimamente. No sé qué edificarán en su solar”<sup>4</sup>.

Dos años después, el 1 de marzo de 1966, le daba cuenta María Zambrano a Camilo José Cela de lo siguiente:

En cuanto a la novelita (pensaba en unas 40 hojas) *Después de entonces*, yo creo y querría que se publicara en una edición especial, un poco bonita, fuera de colección o en una pequeña. Es la única novelita que he escrito y si aparece en una colección de novelistas creará el siempre distraído lector que yo lo soy. Y no. Contiene además en más de un pasaje la profecía de mi destierro —ya ves, sin un abuelo Cacciaguida que me la haga desde el Paraíso “a posteriori”, a cambio de que la novelita diste mil abismos de la *Divina*. No tengo, claro, la menor idea de quién se atreva a hacer una edición así, aunque no es necesario sea de lujo, claro que no. El azar o destino dirán.

Y añadió a mano: “Le haré un prologuillo diciendo cuándo fue escrita y su avatar”<sup>5</sup>.

Evidentemente, se refería en esta carta al personaje de Dante y su *Divina Comedia* cuando, al pasar por el Paraíso, en el canto decimoséptimo, Cacciaguida predice a Dante acontecimientos de su vida futura: el exilio de Florencia y su vida errante y solitaria. Pero, también, que regresará para salvar a la humanidad.

Volvería a utilizar esta expresión, más adelante, en circunstancias diferentes, como luego se dirá, y con claves importantes acerca de la experiencia del exilio ya consumado. Es la razón definitiva por la cual me atreví a pedir prestado este título a su autora. Me lo ha dado, no con gusto, pues la profecía conducía a la tristeza y a la nostalgia, pero sí con generosidad, pues ella siempre escribía desde su interior, desde esa morada insobornable, hacia afuera, donde nos hallamos quienes estamos dispuestos a compartir esa experiencia. Dicho con otras palabras: meditaba Zambrano acerca de la búsqueda del sentido de la vida humana, en sintonía permanente con la tradición humanista española que renuncia a quedarse en los hechos para conseguir saber, con certeza, que la historia se conforma sobre los acontecimientos, es decir, sobre hechos cargados de sentido y no simplemente sobre cosas; no solo sobre sustancias, sino sobre sucesos dotados de vitalidad. Estaba ya, por aquellos años, nuestra filósofa reflexionando sobre una forma de razón que no fuera simplemente racionalista, sino una razón que tuviera en

<sup>3</sup> Carta de María Zambrano a Mariano Quintanilla, 13 de junio de 1964 desde Roma, en Mora García, José Luis, “Correspondencia entre María Zambrano y Mariano Quintanilla”, en *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del Pensamiento Iberoamericano*, 15 (2010), pp. 201-215.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 213.

<sup>5</sup> Cela, Camilo José, *Correspondencia con el exilio*, ed. de Jordi Amat, Barcelona, Destino, 2009, p. 67.

cuenta esa dimensión histórica, que no desconociera “la multiplicidad que el tiempo despliega en la vida humana”, que atendiera la que llamaría más adelante la “verdad viviente” frente a la “verdad inerte”.

¿A qué se refería Zambrano en estas cartas de los años sesenta (ya fuera de España) sobre un texto que habría escrito en los años treinta? La respuesta precisa exigiría haber podido leer ese texto, mas presumimos que lo hacía en referencia a la experiencia de sus años de estudiante universitaria por libre, desde Segovia, justo en torno a lo que fue la Universidad Popular tan vinculada a las ideas de la Institución Libre de Enseñanza y al impulso vital de una personalidad como la de Antonio Machado. Fueron tiempos de aprendizaje intenso, desde los vínculos con su padre y con el círculo de amigos que habían conformado en aquellos años y después, cuando le recordaba Machado que el único amigo que tenían por aquellas tierras era aquel acueducto que se inclinaba al pasar cerca del instituto donde él enseñaba y ella era una estudiante aplicada y que alcanzaba una altura imponente un poco más adelante<sup>6</sup>, al llegar a la zona que los segovianos conocen como plaza del Azoguejo donde tenía su ubicación el mercado tradicional. Las experiencias posteriores lo fueron de sus años en Madrid en contacto con Ortega, Marañón y otros intelectuales de la generación anterior a la suya, cuando fundaron la Liga de Educación Social, la Federación Universitaria Escolar y la llevaron al compromiso político que compartió con quienes apostaron por la República, tras la quiebra de los partidos dinásticos, el desastre de Annual y la corrección impuesta por el golpe de orden que supuso el directorio militar y la Unión Patriótica de Primo de Rivera.

Basten ahora estas palabras que escuchó a García Morente, para darnos cuenta de aquel impulso inicial que asentaba dos principios que terminó considerando fundamentales: la necesaria continuidad de las vivencias en el tiempo y la igualmente necesaria unidad de los significados de las palabras con las realidades nombradas. Ambos principios serían base imprescindible para la consolidación de un proyecto nacional. Creo que aquel “después de entonces” del año 33, final del primer bienio de la República, cuando tuvieron que disolverse las Cortes e ir a elecciones en las que la Conjunción Republicano-Socialista fue desplazada por las CEDA, era el sueño y los ideales de los que comenzaba un despertar problemático que, no mucho después, no solo sería problemático sino trágico. De ahí la referencia al presagio y al personaje dantesco, calificativo que en español han adquirido las circunstancias que producen espanto. Las palabras de García Morente llevaban precisamente el título “El sentido de la historia” y decían:

---

<sup>6</sup>Mora García, José Luis, “La familia Zambrano en Segovia”, en Mora García, José Luis y Juan Manuel Moreno Yuste (coords.), *Educación y Cultura en Segovia, 1910-1931. En el centenario de la llegada de la familia Zambrano*, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2010, pp. 13-37. En la carta de Antonio Machado, escrita con seguridad en noviembre de 1937, el poeta le recordaba unas palabras de Blas Zambrano, de aquellos tiempos segovianos: “Vea usted amigo Machado, cómo conviene amar las cosas grandes y bellas, porque ese acueducto es el único amigo que nos queda en Segovia”. Los sueños quebrados eran haberse vuelto a encontrar de nuevo en Segovia “libre de fascistas y reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo trabajábamos por la futura República” (Archivo de la Fundación María Zambrano).

... la historia –les dijo aquel 17 de enero de 1921, día frío con seguridad que obligaba al recogimiento– no surge espontáneamente. Somos los hombres los que la hacemos y, por lo que afecta a España, debemos procurar todos darnos cuenta de esta última verdad para evitar así que otros pueblos más avisados nos hagan seguir un camino contrario a nuestras ideales y a nuestras conveniencias.<sup>7</sup>

Al año siguiente, en febrero, mes frío también, escuchó a Unamuno, en el teatro Juan Bravo construido pocos años antes, clamar contra la atonía y la siesta y defender la necesidad de construir una vida colectiva. Y, claro está, Unamuno debió elevar el tono de voz para señalar que “no puede haber cultura en un pueblo que no sea civil. Por muchas universidades que tengamos, mientras la ciudad no sea ciudad, mientras no tengamos vida colectiva estamos perdidos”. No dejó Unamuno de referirse a la función de los altos sentimientos a los que el pueblo, concluyó, es más accesible que “las llamadas clases populares”<sup>8</sup>.

Pues estas y otras ideas similares debieron ir conformando en ella el sueño de que era posible superar viejos anacronismos en la recuperación de la propia historia y conformar una unidad sobre la base de compartir la experiencia de esa historia y el significado sincero de los ideales que se construyen en aquella unidad del tiempo y el significado de las palabras. Mas algo debía ya intuir sobre la dificultad de este sueño en fecha tan temprana como el año 33.

## 2. Se cumplieron los presagios, no los sueños

Mientras escribía en 1964 a Quintanilla el texto que hemos mencionado más arriba, y el viejo amigo le anuncia el derribo de su casa desde la que había asistido a las conferencias de la Universidad Popular, algo profundo debió removérsele por dentro. En verdad, ya venía conformando un pensamiento renovador de la razón moderna en los artículos escritos durante la guerra civil, tanto en “La reforma del entendimiento” publicado la revista chilena *Atenea* (1937), como en la “Reforma del entendimiento español” ya en *Hora de España* (septiembre, 1937)<sup>9</sup> y en otros artículos de estos años, por ejemplo, la minuciosa lectura de *Misericordia*, la novela de Pérez Galdós que le dio pie para reivindicar la convivencia como valor por encima incluso de la verdad<sup>10</sup>. De esta escritura forma parte la reflexión que tituló “Los intelectuales

<sup>7</sup>Recogido en Mora García, José Luis, “La enseñanza de la filosofía a través de la Universidad Popular de Segovia”, en *Estudios Segovianos*, t. XXXIX, 96 (1997), p. 280.

<sup>8</sup>*Ibidem*, p. 281.

<sup>9</sup>Mora García, José Luis, “María Zambrano en *Hora de España*”, en Larraz, Fernando (ed.), *Estudios de Literatura, Cultura e Historia contemporánea. En homenaje a Francisco Caudet*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 231-256. <https://doi.org/10.15366/homen.caudet2015.009>

<sup>10</sup>Zambrano, María, *La España de Galdós*, presentación de José Luis Mora, Madrid, Alianza, 2020, pp. 109-140.

en el drama de España” (Chile, 1937)<sup>11</sup> pues es central para entender el que sería real y postrar “después de entonces”, no ya asociado a los ideales educativos de la vieja Universidad Popular y de la FUE, sino a las causas de la guerra y del exilio. Ahí estaban ya las claves de lo que realmente estaba sucediendo para que aquel doble sueño no se cumpliera. La guerra primero y el exilio después supuso la doble consecuencia de aquel incumplimiento. Duro y trágico es que los sueños nobles no se cumplan.

Pocos años antes de las cartas que se cruzó con Mariano Quintanilla, en 1961, había publicado su “Carta sobre el exilio” en *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*<sup>12</sup> y ahí ya había dado cuenta de la consumación del fracaso y de la pervivencia del exilio y no solo de su origen. Hoy, con casi toda su obra publicada, sabemos que buena parte de su vida y de su filosofía fueron una apuesta por afrontar ese fracaso con el propósito firme de que la esperanza siguiera siendo imprescindible, pues siempre pensó que sin esperanza no hay vida propiamente humana. “El hambre y la esperanza”, aquel doble motor de la vida de la protagonista galdosiana lo fue también de ella y, con seguridad de los exiliados y represaliados, pues solo se siente hambre si hay posibilidad de saciarla y solo se siente uno saciado si se ha tenido la sensación del hambre<sup>13</sup>.

No es lugar aquí para hacer un análisis exhaustivo de esa “carta” citada una y mil veces, tan solo recuperar, en relación con el tema central de esta reflexión que apuntaba la expresión “miradas al exilio”, tres ideas: primera, la experiencia de falta de presencia que tiene el exiliado; segunda, la quiebra, ¿irreparable?, podríamos preguntarnos acerca de la continuidad/discontinuidad del tiempo, que produciría inevitablemente el exilio y la imposibilidad de volver atrás. Esta experiencia haría de la memoria una recuperación problemática y hasta la función de la misma literatura compartiría esas dudas; y, tercera, la conciencia que de ambas situaciones se derivan, tanto para los exiliados como para quienes no lo son, pero se sienten irremediabilmente concernidos, es decir, para quienes quedaron —quedamos— dentro de España.

A reflexionar sobre la primera idea dedicó Ramón Xirau, hijo del filósofo Joaquín Xirau, su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, que tituló, con acierto,

<sup>11</sup> Véase Zambrano, María, *Libros (1930-1939), Obras Completas I*, ed. de Jesús Moreno, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 140-185.

<sup>12</sup> Zambrano, María, “Carta sobre el exilio”, en *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*, 49 (1961), pp. 65-70. Para un estudio completo de esta importantísima revista me remito al libro de Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

<sup>13</sup> “Venga todo antes que la muerte, y padezcamos con tal que no falte un pedazo de pan y pueda uno comérselo con dos salsas muy buenas: el hambre y la esperanza” (Pérez Galdós, Benito, *Misericordia*, ed. de Federico Sainz de Robles, o. c. V, Madrid, Aguilar, 1970 [primera edición, 1897], p. 1886), le decía curiosamente la mendiga Benigna a su ama, doña Paca. Creo que María Zambrano no olvidó nunca esta reflexión pues cuando hable del novelista canario con detalle en *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, concluirá que ahí se esconde “la razón última que hace soportar todas las sinrazones: El hambre y la esperanza” (cito por la edición de horas y HORAS, Madrid, 2011, p. 80). Puede leerse también en Zambrano, María, *Obras Completas VI, Escritos autobiográficos*, coordinación de Jesús Moreno, parte II: *Delirio y destino*, presentación de Goretti Ramírez, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 843-1062.



“De la presencia” (25 de octubre de 1994)<sup>14</sup>. Sirva esta mención de pequeño homenaje a este pensador, poeta y escritor de origen catalán, fallecido el 27 de julio de 2017. Mas, ¿por qué —se preguntaba— este interés por subrayar la presencia? ¿Por qué han sido los exiliados quienes más se han esforzado en reivindicarla como lo radicalmente humano? La respuesta tiene que ver, justamente, con lo radicalmente antihumano del exilio: el olvido que reduce a un espacio cerrado, clausurado y, a un tiempo, desmemoriado. El exiliado siente que ha desaparecido de aquellos lugares y de aquellos acontecimientos que daban sentido a su vida. De ahí esa ansia por buscar una presencia de dimensión tan universal como carente de pretensiones ni de poder, por cuanto no renuncia a la sencillez de la experiencia individual ni de lo cotidiano. Esa necesidad de armonía entre un universal no imperial ni totalitario, abierto a una trascendencia de humanidad y una pluralidad no puramente localista, pero sí respetuosa con los individuos de carne, hueso y sangre, es la experiencia anhelada por quienes fueron expulsados del ser, del tiempo y del espacio.

Sobre la segunda se extiende Zambrano, en esta Carta sobre el exilio”, al dar cuenta de cómo quienes habían quedado en España,

los anticonformistas de hoy, los que no aceptan el régimen denominense de una u otra manera, para ellos, el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva. Si le conceden un instante de atención ha de ser para extrañarse sin más de que siga habiendo exiliados. Y si un brote de simpatía se da en sus ánimos, por el motivo que sea, desemboca en decir: ¿qué hacen, ¿qué están haciendo, ¿qué han hecho en todos estos años?<sup>15</sup>

Con un estilo algo diferente manifestaría lo mismo Sánchez Vázquez:

Devorados por la nostalgia, pensábamos en ella con la esperanza de la vuelta próxima [...] Mientras tanto, su mirada solo estaba puesta en la tierra perdida. Y todo lo que parecía echar una raíz en el nuevo suelo que los había acogido, significaba una renuncia a los compromisos morales y políticos que imponía la vuelta [...] El exiliado vivirá así durante largos años desgarrado por una contradicción entre el anhelo de volver y la imposibilidad de realizarlo. La existencia misma de esta contradicción muestra que su existencia está en vilo; que la tierra que lo ha acogido, no obstante, su generosa hospitalidad, es otra mientras subsista su anhelo irrealizable de volver. El exiliado se ha quedado sin tierra; sin su propia tierra, porque se vio forzado a abandonarla. Es sencillamente un desterrado.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Xirau, Ramón, *De la presencia. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua. 25 de octubre de 1994*, México, UNAM, 2010. <https://doi.org/10.5347/01856383.0041.000172783> Continuaba una reflexión que había comenzado muchos años antes: *Sentido de la presencia* (1953), una idea que le acompañó durante sus años de exilio.

<sup>15</sup> Zambrano, María, “Carta sobre el... *op. cit.*, p. 68.

<sup>16</sup> Sánchez Vázquez, Adolfo, “El exilio español en México”, en *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Barcelona, GEXEL, 1997, p. 70.

Texto algo tardío, pero seguramente escrito con antelación a esta fecha. Sin embargo, aún dos años antes de la publicación, pero contenido en la misma, en entrevista con Paloma Ulacia y James Valender, Sánchez Vázquez se quejaba de que no existía aún por esas fechas (1995) conciencia del exilio:

El resultado resulta comprensible en cierto modo, aunque no por ello menos lamentable. En España, no se habla ahora del exilio salvo algunos profesores dedicados a investigarlo. En general la gente ignora lo que significó el exilio, como también cierra los ojos ante lo que representó la guerra civil. La gente prefiere callar sobre eso. Incluso las autoridades, el gobierno, procuran evitar las referencias al pasado.<sup>17</sup>

Con algunos matices, en la misma idea había ya abundado años atrás Ferrater Mora en 1966, en la revista *Ínsula*, por cierto, imprescindible en la recuperación de los exiliados (con José Luis Cano como *alma mater*). En entrevista que le realizó José R. Marra López señalaba, a pregunta sobre las relaciones entre “los escritores españoles de uno y otro lado”, lo siguiente:

Veinte años ha todo era recelo y desconfianza, cuando no indiferencia. Era en parte comprensible, porque nadie sabía quién era quien; “los del otro lado” eran “los del otro lado del Atlántico”, cualquiera que fuese el lado. De diez, y sobre todo, de cinco años a esta parte el panorama ha cambiado mucho; el Atlántico ha dejado de ser un muro para convertirse en un puente. Si hay diferencias, no son ya geográficas. Ello supone una mayor influencia de “los de fuera” en la vida intelectual española. Es una influencia creciente, pero todavía escasa. Muchos libros de escritores españoles en América llegan a manos de escritores españoles en España, pero ahí se quedan. No son en muchos casos, cosa pública, sin la cual la vida intelectual se hace demasiado tenue.<sup>18</sup>

En fin, sobre esta idea clave lo que viene a señalar Zambrano es que la nación se construye sobre coordenadas espaciotemporales y, si bien, quienes han quedado dentro son “dueños” del espacio, se encuentran con una historia sin antecedentes, por tanto, sin lugar, también, sin lugar histórico. “Pero un mínimo de continuidad histórica es indispensable para que la historia sea historia humana y para que la patria propiamente exista”<sup>19</sup>. La pregunta surge como una necesidad:

Pues ¿cómo situarse, –preguntaba y se preguntaba– desde dónde comenzar, en un olvido e ignorancia sin límites? Se quedaron sin horizonte. Y por muy en

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 190.

<sup>18</sup> Marra López, José R., “Entrevista con Ferrater Mora”, en *Ínsula*, 236-237 (1966), p. 13. Una visión más completa de lo que ha significado la revista *Ínsula*, que cumple 75 años de vida (1946-2021), en la recuperación de los exiliados puede verse en Mora García, José Luis, “El significado de *Ínsula* en la cultura y la filosofía españolas de la segunda mitad del siglo xx (1946-2000). Un puente con el exilio”, en VV. AA., *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo*, II, Cuba, Editorial Feijoo/Universidad Central de Las Villas, 2006, pp. 79-112. Se puede acceder al artículo en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-significado-de-nsula-en-la-cultura-y-la-filosofa-espaolas-de-la-segunda-mitad-del-siglo-xx-19462000-un-puente-con-el-exilio-0/>

<sup>19</sup> Zambrano, María, “Carta sobre el... *op. cit.*”, pp. 68-69.



la tierra que estén, en la suya, donde se habla su idioma, donde se puede decir “soy ciudadano” al quedarse sin horizonte, el hombre, animal histórico, pierde el lugar en lo que a la historia se refiere. No sabe lo que le pasa, no sabe lo que está viviendo. Vive en un sueño.<sup>20</sup>

No hay después, sin entonces, sabemos ya a estas alturas de la meditación, una vez leídos los testimonios de exiliados.

A esta cuestión se refería, precisamente desde el interior, Antonio Muñoz Molina en un artículo publicado en 2013 y bajo el título “Memoria crítica” tras quejarse amargamente de una de las sorpresas más desagradables de la democracia que él fija en el abandono por parte de la izquierda del viejo fervor por la instrucción pública, afirmaba:

Sin una conciencia histórica informada y activa no hay manera de valorar lo que sucede ahora mismo porque no hay términos de comparación con lo que sucedía hace muy poco o hace mucho; y tan necesaria como la conciencia histórica es un grado solvente de conciencia geográfica: la idea tribal de que el lugar de uno es el centro del mundo tendrá menos fervorosos adeptos si en la escuela y en el instituto se enseña la amplitud y la variedad de los paisajes y de las formas de vida.<sup>21</sup>

Más recientemente ha vuelto sobre esta misma idea, en un artículo de marzo de 2019 cuyo texto merecería la pena leerse completo. En referencia a los años a los que nos estamos refiriendo y a las reflexiones de Zambrano, Sánchez Vázquez o Ferrater Mora, apunta que

no hubo ningún pacto de silencio, por la simple razón de que no hizo ninguna falta. Durante bastantes años, y en particular a lo largo de los ochenta, el pasado no le interesaba a casi nadie. Nadie tuvo que esforzarse en ocultarlo. No hay coacción ideológica tan persuasiva como la moda. Y era la moda lo que estaba de moda, no la memoria democrática, ni la de los años de la República, ni de la Institución Libre de Enseñanza”. [...] “Tampoco –y esta idea concuerda con la reflexión de Zambrano– hubo el menor esfuerzo de restitución material ni simbólica a quienes habían luchado contra la dictadura y sufrido en las cárceles y en el destierro. Entonces habría podido hacerse algo: muchos estaban vivos. Juan Eduardo Zúñiga publicó *Largo noviembre de Madrid* (1978) y apenas despertó interés. Alfaguara reeditó dignamente los cinco volúmenes de *El laberinto mágico* y pasaron sin pena ni gloria”. [...] “Hasta ‘exilio’ parecía una palabra indecorosa. Un amigo mío –confesaba Muñoz Molina– que trabajó un tiempo escribiendo discursos para un ministro de Cultura de aquellos años me contó que cada vez que mandaba un borrador en el que se citaba esa palabra, se lo devolvían con ella tachada. Exilio era una palabra triste, le decían. Mejor destierro, sin duda.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> Muñoz Molina, Antonio, “Memoria crítica”, en *Babelia, El País*, 30 de marzo de 2013, p. 15.

<sup>22</sup> Muñoz Molina, Antonio, “Tumbas recobradas”, en *Babelia, El País*, 2 de marzo de 2019, p. 15.

Hasta aquí la reflexión de Muñoz Molina cuyo testimonio es bien significativo desde el interior como un contrapunto que refuerza las palabras/quejas de los exiliados. Sin duda, podrían matizarse si tenemos en cuenta las excepciones. Antes lo hemos hecho con *Ínsula*, en la propia Universidad Autónoma de Madrid debemos mencionar trabajos de profesores que han contribuido al rescate de vidas y obras de exiliados. Casi con seguridad, a la universidad española le costó reaccionar como institución, no solo en la reincorporación de exiliados, lo que sucedió en un número muy exiguo, sino en el reconocimiento de las investigaciones que comenzaron a realizarse con el objetivo de recuperar un legado imprescindible y que hoy sabemos que fueron pioneras. Por eso, el juicio de Muñoz Molina como diagnóstico general creo que es certero.

### 3. ¿Es posible recuperar los sueños?

Surge aquí la pregunta inevitable sobre si la profunda cesura en el tiempo y en el espacio, producida por el exilio, es superable plenamente o si, simplemente, podemos alcanzar a paliar. Mi experiencia sobre los primeros contactos mantenidos personalmente con familiares de exiliados en México abundaría en ratificar esta dificultad existencial, radicalmente humana, del problema. Vendría a mostrar un conflicto casi irreparable entre biografías personales e historia nacional. Ese conflicto afecta al sentido mismo de lo sucedido, a los ritmos de restauración, a la valoración del punto de partida y el de retorno que se plasman en ese “después de entonces”, o si basta con volver la mirada hacia atrás sabiendo que la historia camina irremediabilmente hacia adelante y, por consiguiente, que no podemos desandar los caminos del desencuentro.

Queda alguna mirada esperanzada. Leyendo textos de Francisco Ayala, por ejemplo, la versión de “España, a la fecha” en la versión que su autor escribió en 1964 habría espacio para un cierto optimismo si nos fijamos en que hablaba, ya por entonces, de una “pujante sociedad española” que se habría desarrollado “contra la enconada resistencia paralizadora de un régimen arcaizante cuya esencia consistía en negar la modernidad y anular la historia de siglos” aunque, claro, no dejaba de reconocer que su “caparazón, resquebrajado y desbordado, sigue estando ahí, sin embargo, para embarazo de todos”<sup>23</sup>.

Nos falta dar respuesta a la tercera de las cuestiones que sirven de guía a la reflexión que, sobre la experiencia del exilio, nos venimos haciendo. Nos referimos ahora a la conciencia que tienen el exiliado y aquel que no lo ha sido, pero se siente implicado necesariamente en esta

<sup>23</sup> Ayala, Francisco, “España, a la fecha”, en Piras, Alessio (ed.), *Transformaciones*, Granada, Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 2018, p. 132. Un análisis verdaderamente minucioso de la transición española desde los años sesenta que vendría a explicar los juicios de Antonio Muñoz Molina acerca de la opacidad que esas primeras décadas tuvieron para los exiliados puede leerse en García Montero, Luis, “Un tiempo de palabras en transición”, en Dubosquet, Françoise y Carmen Valcárcel (eds.), *Memoria(s) en transición. Voces y miradas sobre la Transición española*, Madrid, Visor, 2018, pp. 332-355.

experiencia radicalmente humana. Durante mucho tiempo, como se indicaba ya, el silencio ha llenado los baúles, por paradójica que esta expresión resulte ya que el silencio parece producir más bien vacío. Silencio de los exiliados, como señala la propia Zambrano en esa carta de 1961, porque habrían reflexionado menos de lo exigido sobre su propia condición, producida por la toma violenta del Estado, y silencio en la apropiación de la patria *verdadera* por los vencedores de la guerra civil. Cuando alguien se apropia de la verdad y fija el canon, su verdad, sea en nombre de la teología o de la ciencia —pues científicas se creían las concepciones sobre la superioridad de una raza sobre otra o de una ideología sobre otra—, y funda sobre cualquiera de ellas la legitimidad —ilegitimidad en este caso— del orden político —basado en la fuerza, también en este caso— el exilio es inevitable. Todo queda roto, hacia fuera, entre los que se quedan y los que son obligados a salir, pero, también, entre los que quedan dentro. Esta es la experiencia que nos dejó la guerra civil española. Pudiera ser que hasta la derrota creara culpabilidad en el derrotado y eso le obligue más que a justificarse, “a irse despojando de sinrazones y hasta de razones, de voluntad y de proyectos [...] mientras sigue la vida”<sup>24</sup>.

Quizá algunas razones se encuentran en el juicio político que hizo quien fuera secretario de Negrín, Fernando Vázquez Ocaña, exiliado luego él mismo en México, autor de un magnífico libro que iba a ser publicado en París (1940) y quedó prácticamente desconocido hasta hace pocos años<sup>25</sup>. Dedicó el capítulo III, titulado “El factor exterior y nuestra imprevisión”, a dar cuenta del exilio en una especie de autorreflexión autocrítica:

No hay, pues, que preguntar por qué estamos fuera de nuestra patria y quiénes somos los componentes de esta gran caravana de exiliados políticos, que irrumpió en el dulce suelo de Francia durante aquellas jornadas lluviosas y apocalípticas de febrero de 1939. Sin titubear responderíamos que estamos fuera de nuestros lares, repartidos por los escasos países que nos han ofrecido asilo, *a causa de nuestra terrible intolerancia nacional, de nuestra imprevisión y de la política del “espacio vital” del tercer Reich*. Y que constituimos, a pesar de todo, y en el orden de nuestra composición colectiva, de nuestro carácter-tipo, el *espíritu de la evolución de España*. Los republicanos, los demócratas, los liberales, los socialistas, los heterodoxos, los comunistas, los artistas, los intelectuales, los obreros depurados y los grandes y pequeños ilusionados. Los hombres, en fin, de todas cualidades y oficios que profesaron el deber de darle al tiempo lo que el tiempo reclamaba. En síntesis: los republicanos que quisimos hacer de nuestra cosa pública nacional un régimen coherente de libertad y de reformas sociales y políticas indispensables.<sup>26</sup>

Sirva este párrafo como invitación a la lectura completa de un libro importante que reflexiona sobre el “entonces”, desde la cercanía del poder en el final de la guerra cuando un

<sup>24</sup> Zambrano, María, “Carta sobre el... *op. cit.*”, p. 66. Véase Mora García, José Luis, “El exilio o la otra cara de la patria verdadera”, en *Bajo palabra*, 12 (2016), pp. 339-361. <https://doi.org/10.15366/bp2016.12.028>

<sup>25</sup> Vázquez Ocaña, Francisco, *Pasión y muerte de la Segunda República Española*, México, FCE, 2007.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 53. Las cursivas son mías.

científico como Negrín asumió la presidencia del gobierno. El título del capítulo que menciona la “imprevisión” apunta a la autocrítica que Vázquez Ocaña no elude en su libro, pero que suma al factor principal, la intolerancia y los intolerantes, en la línea con lo apuntado en las palabras de Zambrano, mencionadas con anterioridad.

Mas, también, la respuesta de quienes no padecieron el exilio, pero fueron también expulsados. Muchos fueron también “expelidos” de la propia nación, aunque no salieran físicamente de ella, por utilizar la expresión de Pablo de Andrés Cobos, quien reflexionaba así al salir de la cárcel:

—Señor, por favor, ¿dónde queda mi mundo, el que dejé, aquél en que tuve un sitio?

—Las guerras son duras: destruyen mundos enteros.

La verdadera angustia lo es de soledad y la angustia de soledad es el camino, o agujero, que nos lleva hacia la Nada. Sentí, como Abel Martín, que Dios no me miraba, porque no me daba ya el hombre compañía, [p. 3] y momentos hubo en que se me hicieron ilusión descansadora el puñado de pajas de centeno del Magistrado y el petate de Rafael Pérez. ¿Por qué no tenderse en el mar del eterno reposo?

Mi mundo era mi casa, y mi oficio, y mi tertulia, y mis libros, y mis periódicos, los que leía y en los que escribía, y mis amigos, mis correligionarios, mis oponentes, mis diversiones... Pero ¿cómo encontrar los mis sin el yo? ¿Y cómo recuperar el yo sin el mundo que lo contenía?<sup>27</sup>

¿Es posible construir una compañía a partir de dos soledades, la de expulsados hacia fuera y de los expelidos hacia adentro? Pues hemos de decir que los testimonios epistolares que se han recuperado muestran que sí. Que las letras, que las palabras fueron, han sido y son un refugio real, capaz de construir una nación que no tenía el mismo espacio físico o, por mejor decir, que lo tenía en el océano y que sobre ese no espacio se construyó, no siempre, pero sí en algunas ocasiones, un espacio tan simbólico como real. Miles de cartas que nos han desvelado conocimientos y afectos y desafectos, ocultos en las conciencias, han contribuido a crear ese espacio humano mostrando su capacidad de reconstrucción del espacio temporal y del histórico.

Fue Max Aub quien pronto intuyó la importancia de la “Geografía” y lo dejó escrito en una pequeña joya, *Cuadernos Literarios*, publicados en 1929<sup>28</sup> donde nos hacía caer en la cuenta de la diferencia que hay entre los barcos que llegan y los que se van y de cómo “las

<sup>27</sup> Andrés Cobos, Pablo de, “Expelido” (manuscrito inédito mecanografiado, propiedad de Soledad de Andrés). Para un conocimiento detallado de este maestro, discípulo de Blas José Zambrano, padre de la filósofa María Zambrano, amigo y estudioso de Machado, puede verse la entrada del *Diccionario biográfico* citado en la nota 2. Mantuvo una interesantísima relación epistolar con la propia María Zambrano a lo largo de dieciséis años en lo que constituye un testimonio del diálogo entre una exiliada y un “expelido”, dos realidades provocadas por la misma guerra civil. Andrés, Marisol de y José Luis Mora García, *María Zambrano Alarcón-Pablo de Andrés Cobos. Cartas (1957-1976). Historia Epistolar de una amistad “De Ley y de Corazón”*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2011.

<sup>28</sup> Aub, Max, *Geografía. Cuadernos Literarios*, Madrid, Fundación Max Aub, 2003. Debo su conocimiento a la profesora Carmen Valcárcel, estu-penda conocedora de la obra del escritor nacido en Francia, afincado en Valencia y fallecido en México.

cartas que vienen del mar no tienen hora; a veces sería de noche en Filipinas, otra amanecería en Zanzíbar, sería la madrugada en Macao, o quién sabe la luz que habría en el estrecho de Behring cuando abría las misivas de su marido”<sup>29</sup>. Son, pues, las cartas las que conforman el mapa geográfico de los afectos pues

a ella le parecía entonces que los diques y las escolleras no eran sino las prolongaciones de sus brazos que los intentaba detener y casi lo conseguían al pasar entre sus luces rojas y verdes ¡pero luego!, la espuma que brotaba a popa era el pañuelo, su propio pañuelo que le iba diciendo adiós a ella misma [...] y no se volvía a encontrar hasta que ella misma tornaba a ella vuelta al mundo en no sé cuántos minutos.<sup>30</sup>

Así, la carta, las cartas, han sido durante mucho tiempo la única manera de construir un espacio compartido, no solo una república de las letras sino de las almas.

Quedan, finalmente, esas otras personas, las que parecen más alejadas del exilio y que no pertenecen a las categorías anteriores. Es con este grupo, quizá con nosotros, con quienes Zambrano mostraba más recelos en aquella carta sobre el exilio, carta necesariamente abierta en este caso, no de las que se envían en sobre estampado, cuando sostenía la dificultad, que elevaba casi al nivel de lo irreversible, de asumir la historia y de aceptarla. ¿Por qué esta profunda dificultad? Pues, porque

al pretender como la cosa más natural la exclusividad de decidir los destinos de la patria rechazan ese pasado en una forma excepcional, como no se suele hacer, ya que la inicial discontinuidad de la historia se salva aceptando el pasado, por muy críticamente que se haga. Un mínimo de continuidad es indispensable para que la historia sea historia humana y para que la patria propiamente exista...<sup>31</sup>

Y añadía:

Muestran de ese modo, los que así sienten y piensan, que no han despertado de aquel sueño de la guerra civil con que entraron en la vida: que están bajo él detenidos, bajo esa pesadilla. Y más aún: con una trágica coherencia, con la coherencia de la fatalidad no vencida, del *fatum* no superado.<sup>32</sup>

De ser cierto el diagnóstico apuntado por Muñoz Molina, Ferrater Mora o Sánchez Vázquez, Zambrano habría ahondado en razones más profundas, las que nos llevan a sostener que la experiencia del exilio tiene un punto o varios que la hacen irreversible. Que el “después del entonces”, ya no el de las conferencias de García Morente y las demás que escuchó en

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>31</sup> Zambrano, María, “Carta sobre el... *op. cit.*”, p. 68.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 69.

la Universidad Popular Segoviana, sino el de la guerra civil y el del exilio no ha incapaz de salvar la radical discontinuidad de una experiencia traumática entre dos experiencias que la construcción nacional marca en sentido casi opuesto al de las vivencias personales, tal como apuntábamos con anterioridad. Esta fue más que una sensación, un sentimiento profundo que, aún dos años antes de morir, susurraba entre grito y silencio, en la tercera página de *ABC* el 28 de agosto de 1989, “Amo mi exilio” que ponía —sí, ponía— comienzo a los cursos de verano de la Complutense de aquel año.

Bien conocidas son las expresiones que contiene esta meditación postrera, escrita casi al tiempo que “Entre violetas y volcanes”<sup>33</sup>, texto en el que vuelve a utilizar la expresión “razón mediadora” en relación con la ayuda recibida de Alfonso Reyes, tras recorrer mentalmente sus vueltas por el mundo, sin saber la hora de cada lugar, como nos había dicho Max Aub. Recordemos, de nuevo, la misión encomendada a Dante por Cacciaguida, tras el destierro y haber conocido el mundo entero, que Zambrano hace suya con Alfonso Reyes, al que no dudó en relatar la leyenda del acueducto segoviano, un monumento a la mediación que salva el valle entre dos lontananzas, pues solo sabiéndolo todo es posible volver a comenzar.

Es verdad,

hay ciertos viajes de los que solo a la vuelta se comienza a saber [...] los cuarenta años de exilio no me los puede devolver nadie, lo cual —añade la propia Zambrano— hace más hermosa la ausencia del rencor. Mi exilio —concluía— está plenamente aceptado, pero yo al mismo tiempo no le pido ni le deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo y yo no puedo desear a nadie que sea crucificado.<sup>34</sup>

¿Es la misericordia, más que la justicia, la virtud necesaria para ayudar a salvar ese hiato temporal del después de aquel entonces? Quizá había aprendido de la novela de Galdós que Benigna perdona a Juliana deseándole la salud de sus hijos, aunque ella hubiera de vivir recluida en la casa de Misericordia. ¿Es esta la única vía para superar el exilio, imposible de hacerlo en términos de justicia histórica? No lo sé, pero cuando se habla con personas que han padecido la experiencia del exilio así parece ser. Galdós, desde luego, conocía muy bien la naturaleza humana y conocía la historia de España. Esa es la razón que le hizo encarnar la misericordia en su protagonista, para que el lector comprendiera la necesidad de cultivarla.

Esta experiencia final de María Zambrano no se entendería sin la crisis interior, por la que debió pasar, cuando, hacia 1975, la editorial Hispamerca se dirigió a ella con el propósito de reeditar “Los intelectuales en el drama de España”, aquel texto que citamos al comienzo, escrito durante el periodo pasado en Chile, entre los últimos meses de 1936 y la primera parte del año 1937, junto con la “Carta al doctor Marañón”. Del cruce de cartas con sus dudas, que estremecen

<sup>33</sup> *Diario 16*, 13 de mayo de 1989.

<sup>34</sup> Zambrano, María, “Amo mi exilio”, en *ABC*, 28 de agosto de 1989.



todavía al leerlas, cuando le pidieron publicar de nuevo aquel texto, lo que, finalmente, aceptó por invitación e insistencia de los editores, el hijo de su anterior propietario y Gonzalo Santonja, dio cuenta el propio Santonja en el congreso celebrado en 2004, en el centenario del nacimiento de nuestra autora<sup>35</sup>. Parafraseaba el título de la intervención de Santonja el famoso poema de José Bergamín, “Volver no es volver atrás”

Lo que yo quiero es volver  
Sin volver atrás de nada

que junto al título que puso Zambrano como presentación, “La experiencia de la historia (Después de entonces)”<sup>36</sup> daba cuenta de la resistencia que la experiencia del exilio provoca a ser superada porque impone una contrafuerza casi irresistible a volver, pero la historia impone otra de igual o superior carga que obliga a ir hacia adelante. ¿Es posible volver sin volver atrás? ¿Es posible justificar el *después* cuando el *entonces* ya no eran las conferencias escuchadas en Segovia, como en el título de la novelita de 1933, sino, ahora, tras la guerra civil y el exilio? ¿Y qué sucede cuando ese *después* se sitúa justo en un tiempo en que una parte de la sociedad española se disponía a romper con el *entonces*? Justamente dos años después de la muerte de Franco cuando se realizaron las primeras elecciones democráticas. ¿Dónde se sitúa el exiliado? ¿el *entonces* era *todavía*? Y, más aún, ¿dónde se sitúan los que no lo han sido?

El resultado fue que el texto se editó completo, tal como lo había sido en 1937, incluida la carta a Marañón. Santonja da cuenta de las razones que los llevaron a editar este texto, un alegato firme y lúcido contra el fascismo y sus causas y el desarrollo del mismo en España. Me remito a su lectura completa como un testimonio de gran valor, junto con la densa, no exenta de complejidad, llena de referencias implícitas, la presentación que firmó aquel 14 de abril de 1977. El texto central es un minucioso y sutil análisis, desplegado por Zambrano, cuando contaba con treinta y tres años de edad (en 1937). Era un *todavía* en la medida en que previene de los riesgos de las apropiaciones anacrónicas de la historia cuando se renuncia a atenerse a las realidades que, por nuevas, se vuelven problemáticas y cuando la razón poderosa y orgullosa, que se cree a salvo de acontecimientos y sucesos, se rebela contra esas realidades destruyéndolas. Sobre la dificultad que España ha tenido en asimilar su pasado incidió Zambrano en más de una ocasión y comprobamos hoy que no hablamos de una cuestión superada: aún dudamos si la fiesta nacional ha de coincidir con una u otra fecha, disputamos sobre qué hicimos en cada época de nuestro pasado y tenemos dudas sobre cuál ha sido y es nuestro lugar. Que Menéndez Pelayo

<sup>35</sup> V. Santonja, Gonzalo, “Breve e irreparable (María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*) y algunas notas sobre la editorial Hispamerca o riesgo y ventura durante la transición”, *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la Cultura*, 44, Universidad de Morelia, julio-diciembre 2021, pp. 247-281. Mora García, José Luis, “Cartas que salvan distancias y restauran el tiempo”, *El Adelantado de Segovia* 12 y 13 de septiembre, 2021, pp. 20-21 y 14-15 incluía el texto original, inédito hasta este momento de la carta enviada por María Zambrano a Gonzalo Santonja el 16 de septiembre de 1977 autorizándole la publicación íntegra.

<sup>36</sup> Zambrano, María, *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, Hispamerca, 1977. “La experiencia de la historia (Después de entonces)”, pp. 7-21. Firmado en La Pièce, justamente el 14 de abril de 1977.

escribiera una larga historia no de las herejías sino de los heterodoxos no le pasó desapercibido en absoluto a María Zambrano. Pero hay, también, una crítica de más largo alcance: a una forma de razón que ella identifica con el *idealismo* del que no duda en sostener que llegó a “convertirse en *enemistad con la vida*”. Un libro, pues, cuya lectura sigue siendo muy recomendable por su lucidez al incorporar una crítica severa, personal, a quienes introdujeron una ideología frente a la que España hubiera podido ser refractaria, ya que como realidad nacional no reunía ni histórica ni económica ni filosóficamente las bases para que el fascismo hubiera arraigado por esta esquina de Europa.

Significativamente tuvo dudas sobre si era conveniente publicar esta parte ya en los años setenta. Al final lo hizo. Mantuvo sus referencias al papel de los intelectuales en la resistencia durante la guerra, así como la carta al Doctor Marañón<sup>37</sup> que no deja de suponer un punto de reconciliación sin poder evitar la amargura del recuerdo.

#### 4. Reflexión al final: el hambre y la esperanza

Zambrano era consciente de que algo se estaba removiendo en la historia de España a la altura de 1975-1977 cuando la edición de Hispamerca vio la luz, por cierto, un año antes de que la propia editorial no pudiera ya sobrevivir. Eso la llevó a escribir esa compleja introducción con un título bien ilustrativo, aludiendo directamente a la experiencia de la historia, reconociendo que la historia es irrenunciable como experiencia, como lo era la transcurrida desde la guerra y el exilio, hasta casi cuarenta años después. Ya había denunciado, en una revista venezolana a comienzos de los cincuenta, la desidia con que era tomada en España la historia, y retomaba ahora de nuevo aquella vieja expresión como subtítulo: “después de entonces”. Texto difícil, de fuerte carga interior, en que María Zambrano se somete a una prueba de esfuerzo espiritual para comprobar si “la que fui”, “soy”. La aceptación íntegra es la prueba de la superación, pero no sin un desgarrar que cura recuperando la inocencia

pues que solo el despertar de la inocencia produce de inmediato la absoluta entrega. La conciencia deja entonces de discernir como hace de continuo, tal como si el discernir fuera su única función y no lo fuese la de reflejar, por ejemplo, que es acción o estado en el que entra la luz y con ella la llamada a la visión. En todo despertar se anhela ver y hacia el ver va el que despierta, aunque no sea por la luz.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Jesús Moreno incluyó, además, en su edición de María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, a continuación de “Carta al doctor Marañón”, como anexo “Un liberal”, recogido del suplemento *Culturas*, publicado en *Diario 16*, 19 de mayo de 1987, escrito con motivo del centenario del nacimiento de Gregorio Marañón.

<sup>38</sup> Zambrano, María, “La experiencia de... *op. cit.*”, p. 15.

Mas es, en ese despertar, cuando la experiencia entera debe recogerse y aparecer la historia verdadera bajo la apócrifa. Y eso requiere enfrentarse a uno mismo, personal y socialmente, con el único medio, la responsabilidad que el intelectual tiene en estas situaciones. Quizá le pesó el recuerdo de Ortega frente al que su generación se sintió decepcionada; debió sucederle lo mismo con Marañón pues ella pensaba que al intelectual correspondía “nombrar a las cosas por su nombre, *con el riesgo tan cruel de no acertar con la palabra justa y el tono exacto en el momento exigido por la historia*”. Subrayemos estas palabras de María Zambrano pues el *entonces* es el momento decisivo “que no vuelve si se le ha dejado perder. Y de lo que se ha dejado perder —concluye— no cabe tener experiencia”<sup>39</sup>.

Mas, ¿clausura aquí nuestra pensadora su reflexión sobre la historia? Creo que no. Tan solo advierte de los riesgos y dificultades que tiene descubrir la historia verdadera de la apócrifa y las dificultades y riesgos que esto conlleva. Es la advertencia de que el exilio permanece aun *después de entonces*. Por eso introduce, al final de ese texto sobre Marañón, recuperado muchos años después, una distinción interesante: entre el olvido “que, al fin y al cabo, es creador” y la desmemoria que... “lo borra todo. Y eso ¡no!”<sup>40</sup>, concluye entre admiraciones.

Aun llegó a pensar que su generación debería haber culminado los sueños ganando la guerra y “con ella el final de todas las guerras. Haber sellado el fin de toda guerra”, no fue así.

La historia continúa y a cada grupo humano “se le presenta el *momento histórico*, suyo propio” conformado por varias generaciones, las que padecieron “bajo el poder de lo apócrifo y de su innumerable y cruenta persecución” y “las que despiertan ya en lo que parece ser el dintel de la historia verdadera” “en este *ahora*” que considera aún tembloroso e incompleto<sup>41</sup>. Era el 14 de abril de 1977 cuando Zambrano cerraba esta consideración. Lo hemos recordado en tres ocasiones.

¿Habremos completado nosotros este nuestro *ahora*, este *después*? ¿Cuáles son las palabras precisas que debemos poner en el diálogo, en la escritura, en la novela, en la poesía, en el ensayo, en el texto filosófico para no tornar a la historia apócrifa? ¿Cómo aprovechar este momento preciso de la historia como un alba, nuestra alba como diría la propia pensadora que nació mirando al oriente? Seguramente este es uno de esos retos que congresos como los realizados por jóvenes investigadores se proponen.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 19. El subrayado es mío.

<sup>40</sup> Citado por la edición de Jesús Moreno... *op. cit.*, p. 126.

<sup>41</sup> Zambrano, María, “La experiencia de... *op. cit.*”, p. 20.